EL PADRE ENRIQUE , UNA VOCACIÓN DESDE NIÑO PARA EL AMOR SACERDOTAL

P. Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

El sacerdocio es un don que supone una elección de Dios en Cristo y una aceptación y una respuesta de quien lo recibe. Necesita un ambiente propicio para que la vocación florezca.

En un ambiente bajo el signo de la violencia revolucionaria y bajo el signo de Cristo, nace Enrique, llamado desde el vientre de su Madre, Anita Medina González y engendrado por su Padre, Enrique Amezcua Martínez, a ser sacerdote de Jesucristo; en un tiempo, 11 de diciembre de 1918 y en un espacio, la Ciudad de Colima. Bautizado el mismo día, de Padrino celestial, san José, y su Madrina, María Dolores, su tía. La unión con Cristo desde su bautismo, fue el principio de una vida nueva, el inicio de la aventura humana más extraordinaria a lo divino. El Espíritu Santo fue realizando su obra para mirar de manera diferente la vida y la historia. Nació orientado para el Cielo. Su fe recibida y profesada, lo abrió a su primera realidad de comunión. El Espíritu Santo trabajó en él para el Hijo y para el Padre. La fe que lo iluminaría a largo de su caminar por las veredas de la Providencia hasta el reconocimiento de su vocación y de su misión en la Iglesia, como Fundador de la Confraternidad de los Operarios del Reino de Cristo.

La vocación conlleva un proceso de maduración, de conciencia y de respuesta progresiva, según el plan de Dios. Los primeros pasos, dos años después, los dio en Tepalcatepec, tocado en su interior por lo divino. El impuso del Espíritu Santo se hizo sentir en ese ambiente de piedad pueblerino. Su asistencia a la santa misa, la escucha de la Palabra de Dios en la predicación, y de esa Palabra de Dios que recibió en los consejos de sus Padres y en las conversaciones con ese hombre de Dios que lo fuera el P. Pío López y Estrada, -tan amante de los niños y que sería Arzobispo de Jalapa y Cofundador de la Confraternidad-, secretario de su tío Francisco González, Obispo de Cuernavaca, con su particular observación de la realidad y la práctica de las virtudes domésticas. Su corazón fue sellado desde su infancia para la grandeza del sacerdocio y la obra de las vocaciones sacerdotales, su pasión por el Reino de Cristo y del Templo Vivo de Santa María de Guadalupe.

Tuvo una experiencia de situación límite, fronteriza y existencial, a su temprana edad, 7 años, con la caída fatal de un caballo, invocado al Santo Niño; de ahí ese primer impulso de ser para Dios, como diría santa Teresa “yo para Dios nací”.

De pequeño el P. Enrique tuvo un sueño en el cual habían matado a un trabajador; dio el nombre del asesino y cómo sucedió el crimen. Los familiares desestimaron el sueño de Enrique soñador. El criminal fue atrapado y confesó su fechoría, tal y como él lo había dicho. Algo singular estaba aconteciendo en el niño Enrique. Dios a sus privilegiados, les habla de muchas maneras; a él como a san José, por un sueño. A su temprana edad se mostró el impacto del Espíritu al celebrar sus misas de liturgia infantil. Ya desde entonces sentía en su interior la llamada de Dios. El ambiente de fe y de buenas costumbres, fueron cincelando una vocación sacerdotal, tan especial de quien tendría el carisma por las vocaciones y el carisma de esta obra sacerdotal de los Operarios del Reino de Cristo.